



## XXV

### La carta

EL día 16 de abril, unos seis meses después de las cosas que acabo de narrar, entró papá en nuestro cuarto, durante la clase, y nos anunció que aquella misma noche habíamos de partir con él... era preciso volver inmediatamente á Petrovskoie. Al oír esta noticia me dió un gran vuelco el corazón y mi pensamiento se dirigió recta y rápidamente á mamá.

La causa de esta partida inesperada era la siguiente carta:

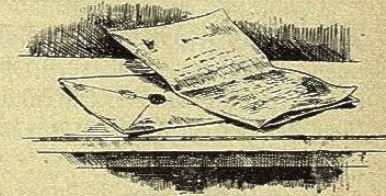
«Petrovskoie, 12 abril.

»Ahora mismo, las diez de la noche, acabo de recibir tu amable carta del 5 de abril, y, según es costumbre mía, te contesto inmediatamente. Feodor la trajo ayer de la ciudad; pero como era ya muy tarde hasta esta mañana no la ha entregado á Mimi, y ésta no ha querido dármela en todo el día, con el pretexto de que estoy algo delicada. En efecto, he tenido un poquitín de fiebre, y hasta te diré que desde hace cuatro días no me llevo muy bien y guardo cama.

»Te ruego, amigo mío, que no te asustes por eso, y, si Ivan Vasilievitch lo permite, espero mañana poderme levantar un poco.

»El viernes de la pasada semana salí de paseo con las niñas en carruaje, pero al entrar en la carretera, junto al pequeño puente que siempre me ha hecho tanto miedo, los caballos se encabrita-

ron y el coche quedó tumbado en la cuneta; el tiempo era soberbio y como ninguno nos habíamos hecho el menor daño, tuve la idea de andar á pie hasta la capillita que se levanta en aquella parte del campo. Al llegar allí me sentí muy fatigada y sentéme para descansar, aguardando que los hombres pusiesen el carruaje en situación otra vez de llevarnos á casa; pero en esta faena tardaron los hombres más de media hora, y como yo llevaba zapatos de suela muy delgada y se me mojaron en el camino, acabé por



sentir un gran frío en los pies. Después de comer, sentíme atacada de fiebre, pero continué como si tal cosa, lo mismo que siempre; después de tomar el té me senté al piano para tocar alguna buena pieza á cuatro manos con Lubotchka... á quien no conocerías, tanto ha progresado! Pero imagínate cuanta no sería mi sorpresa cuando observé que no me era posible llevar el compás. Recomendé varias veces, pero siempre con negativo éxito, pues se me mezclaban en la cabeza toda clase de compases y en mis oídos resonaban los más extravagantes acordes. Iba contando: uno, dos... ocho... quince, observando con gran sorpresa que me equivocaba casi conscientemente, pero siéndome también imposible corregirme. Finalmente, vino Mimi en mi auxilio y quieras que no me metió en la cama. Aquí tienes, amigo mío, contado en sus menores detalles, de qué manera me puse enferma, y cómo es mía enteramente toda la culpa. Al día siguiente tuve una fiebre muy alta; fué enseguida llamado el bueno de Ivan Vasilievitch, y desde aquel punto no se ha movido de casa, prometiéndome ahora que muy pronto me dejará salir. Es muy bueno ese anciano de Ivan Vasilievitch! Mientras estuve con fiebre alta y con delirio, ni un solo punto se apartó de mí, permaneciendo junto á mi lecho, de día y de noche, sin cerrar un solo minuto los ojos, y en este momento, mientras te escribo, está en el salón con las niñas contándoles cuentos alemanes... Desde la cama oigo las grandes risas con que acogen sus fábulas y sus dichos.

»La *belle flamande* como la llamas tú, está aquí desde hace dos semanas, pues su madre se halla en casa de una parienta suya, y con sus exquisitos cuidados me da testimonio de su más sincera devoción. Me ha confiado todos sus más íntimos sentimientos. Con su hermosa cara, con su gran corazón y su graciosa ju-

ventud podría ser una muy buena hija si estuviese en mejores manos; pero en medio de la gente con quien vive, á juzgar por lo mismo que ella me ha dicho, acabará por perderse totalmente. Se me ha ocurrido estos días que, si nouviésemos nosotros tantos hijos, haríamos tal vez una buena obra quedándonosla en casa.

»Lubotchka quería escribirte por su propia mano; pero ha roto ya tres hojas de papel exclamando: «Ya sé yo que es tan burlón papá, que si hago en mi escrito alguna pequeña falta, se la ha de enseñar á todo el mundo». Katenka continúa tan buena y tan amable como siempre, y Mimi tan buena igualmente y tan difícil de contentar como ya sabes.

»Y ahora hablemos de cosas serias; me dices que tus negocios no marchan muy bien este invierno, y que te será necesario tomar el dinero de Khabarovka. Lo que me extraña es que me pidas mi consentimiento para eso; acaso, todo lo que es mío no te pertenece también?

»Eres tan bueno, amigo mío, que para no entristecerme, me disimulas la verdadera situación de tus asuntos, pero yo la adivino; has perdido, sin duda, grandes cantidades en el juego, y yo te juro que eso no me apena en lo más mínimo. He aquí porque te digo que, si puede repararse la cosa, no pienses dos veces en ello, te



lo ruego, y no te des un tormento inútil. Estoy acostumbrada no solamente á no contar con tus ganancias, para los niños, sino también, perdóname, á no contar con tu fortuna personal. Ni tus ganancias me dan alegría ni me causan pena tus pérdidas; lo que me aflige únicamente es esa desdichada pasión del juego que me roba una parte de tus dulcísimas ternuras y me ha obligado á decirte muchas veces, como ahora, una tan amarga verdad, aunque Dios sabe lo mucho

que esto me duele y me apena. Yo mientras tanto, no ceso de rogar al Señor, no que nos preserve... de la pobreza—qué importa la pobreza!—sino que hayamos salido ya de esta terrible

situación cuando los intereses de nuestros hijos, que yo he de defender, se pongan en conflicto con los nuestros. Hasta hoy ha escuchado Dios mi ruego; no te has extralimitado un solo punto más allá del cual hubiésemos de sacrificar una fortuna que no nos pertenece, que es de nuestros hijos. Oh! sí, es cosa terrible tener que pensar en ello; pero has de reconocer que tan horrorosa desdicha nos está amenazando siempre... Es como una pesada cruz que el Señor nos ha dado á los dos.

»Me hablas también en tu carta de los niños, y vuelves á nuestra discusión sempiterna. Me pides que consienta en ponerlos en una casa de educación, y bien sabes mis prevenciones contra ese sistema...

»No sé, amigo mío, si tú serás de mi parecer; pero en todo caso, y te lo ruego por nuestro amor, prométeme para mientras viva y para después de mi muerte, si le place á Dios separarnos, que esto no sucederá jamás.

»Me dices también que te es necesario ir á San Petersburgo para los asuntos de nuestra casa. Que el Cristo sea contigo, amigo mío, y vuelve lo antes que puedas, pues todas nosotras nos aburrimos muchísimo sin tí! La primavera se ha presentado magnífica este año; hemos quitado ya la puerta del balcón, y el caminito que lleva á los naranjales está completamente seco hace ya más de cuatro días. Los melocotoneros están todos floridos, y nieve ya no se ve sino en muy contados sitios. Han vuelto las golondrinas y Lubotchka me ha traído hoy las primeras flores de este año. El doctor dice que de aquí á tres días estaré ya completamente buena, y podré salir á respirar el aire puro y á buscar los primeros y dulces calores del sol de abril. Hasta la vista, pues, amigo mío, y no te inquietes ni por mi enfermedad ni por tus pérdidas; deja terminados tus asuntos lo más pronto que puedas y vente aquí con los niños á pasar todo el verano; he hecho muchos y maravillosos proyectos para pasarlo juntos y ya no faltas sino tú para poderlos realizar».

Lo que de la carta sigue ahora estaba escrito en francés, con letra confusa y muy desigual, en otra hoja de papel, y decía así:

«No creas lo que te digo de mi enfermedad: nadie sabe hasta qué punto es mi actual dolencia gravemente seria... Yo sé tan sólo que no me he de levantar ya de mi lecho. No pierdas un momento, vente enseguida y trae contigo á los niños. Quizás pueda todavía, por la última vez, besarlos y bendecirlos, éste es mi único y postrer deseo. Yo sé que esto será para tí cosa muy terrible, mas, qué quieres? tarde ó temprano, por mí ó por otra persona lo

habías de saber... Tratemos, pues, de soportar esta desdicha con firmeza y con la esperanza puesta en la misericordia de Dios, y sometámonos todos á su voluntad.

»No pienses que esto que te escribo ahora sea el delirio de una imaginación enferma, al contrario, en este momento se me presentan las ideas con una extraordinaria claridad y me siento perfectamente tranquila. No te dejes, pues, llevar por la esperanza de que esto no son sino los presentimientos vagos y engañosos de un alma inquieta. Nada de esto, yo siento, yo sé, porque se ha complacido Dios en hacérmelo comprender así, que ya no me queda sino muy corto tiempo de vida.

»Mi amor por tí y por los niños acabará cuando acabe mi existencia? He comprendido ahora que esto es imposible. Siéntolo así en estos momentos con tan inmensa fuerza que no creo que este amor, sin el cual no sé explicarme la vida, pueda desaparecer jamás. Mi alma no puede existir sin este amor por vosotros y yo sé que mi alma ha de vivir eternamente, pues un amor como el mío no podía nacer para extinguirse en este mundo.

»Yo no estaré con vosotros, pero estoy firmemente convencida de que mi amor no ha de abandonaros jamás, y hácese esta idea tan dulce á mi corazón que, serenamente y sin miedo de ninguna clase, aguardo la proximidad de la muerte.

»Estoy tranquila, y bien sabe Dios que siempre he mirado y miro también ahora la muerte como el paso ó tránsito á una vida mejor. Pero, por qué se llenan ahora de lágrimas mis ojos? Por qué privar á los niños de su madre tan querida? Por qué darte á tí una pena tan cruel, tan inesperada? Por qué ha de ser preciso que yo muera cuando vuestro amor hacía mi vida infinitamente feliz?

»Cúmplase su santa voluntad!

»Las lágrimas me impiden seguir... Y como tal vez no he de verte ya más, te doy gracias, mi queridísimo amigo, por todas las dichas que me has hecho sentir en este mundo, y en el otro he de rogar á Dios que te recompense por ellas. Adios, amigo, y ten por seguro que, aunque ausente, mi amor no ha de abandonarte jamás. Adios, Volodia, adios mi ángel, adios mi benjamín Nikolénka!...

»Me olvidaréis algún día?...

Iba esta carta acompañada de un billete de Mimi, en francés, concebido en los siguientes términos:

«Los tristes presentimientos de que os habla han sido por desgracia confirmados por las propias palabras del doctor. Ayer, por la noche, dió orden de que fuese la adjunta carta llevada inmediatamente al correo; pero creyendo que no estaba muy segura de lo

que decía he aguardado hasta esta mañana, en que me decidí á cerrarla y enviarla. Hube apenas acabado de hacer esto, cuando Natalia Nikolaievna me preguntó qué había hecho de la carta, ordenándome que la quemase si no la había mandado aun. Está ahora siempre hablando de esa carta y dice que ha de causaros la muerte. No retardéis un momento vuestro viaje si queréis todavía ver á este ángel que va á dejarnos. Dispensad mi mala letra, pues hace ya tres noches que no duermo... Sabéis de sobra cuánto la amo!»

Natalia Savichna, que pasó toda la noche del 11 de abril en el cuarto de mamá, contóme más tarde, que habiendo escrito la primera parte de la carta la dejó mamá al alcance de su mano, en la mesita de noche, y se durmió.

«Yo misma, siguió diciendo Natalia Savichna, confieso que me dormía también en mi sillón y que al fin se me cayó al suelo la labor que estaba haciendo. Súbitamente, sería la una de la madrugada, parecióme, á través de mis somnolencias, que tu mamá estaba hablando; abro los ojos, y veo á mi pobre paloma sentada en el lecho, juntas sus pequeñinas manos y fluyendo de sus ojos dos ríos de lágrimas... «De modo que todo ha acabado!» dijo, y se cubrió el rostro con desesperación.

»Yo me levanté y le pregunté: Qué tenéis?

«—Ah! Natalia Savichna, si supieseis lo que acabo de ver!...»

«La interrogué repetidamente, pero no me contestó; hizo que le acercasen la pequeña mesa, donde había quedado la carta, escribió en ella todavía unas cuantas líneas, ordenó que la cerrasen en su presencia y que fuese inmediatamente llevada al correo.

»Y, desde aquel punto, fué siguiendo de mal en peor».



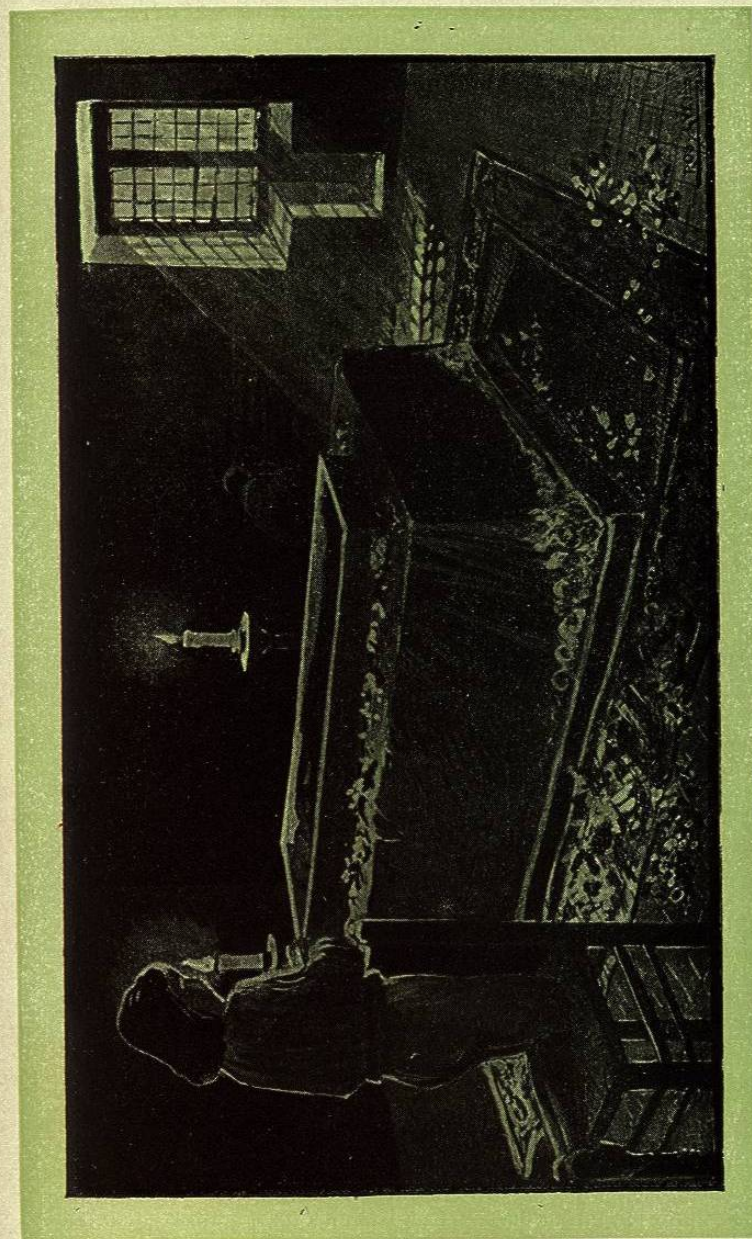


## XXVI

### Lo que nos aguardaba en el campo

EL día 25 de abril descendíamos del coche de viaje ante la puerta de nuestra casa de Petrovskoie. Al partir de Moscova papá estaba muy pensativo, y al preguntarle Volodia: «Es que acaso está enferma mamá?» —le miró con gran tristeza, y, sin decir palabra, hizo con la cabeza un signo afirmativo. Durante el viaje, se fué calmando visiblemente, pero á medida que nos acercábamos á casa, su rostro tomaba una expresión cada vez más triste, y cuando al bajar del carruaje preguntó á Foka, que salía de la casa corriendo y traspuesto: —«¿Dónde está Natalia Nikolaievna?» la voz le temblaba y las lágrimas llenaban sus ojos. El buen viejo Foka lanzó sobre nosotros disimuladamente una mirada, y murmuró mientras abría la puerta de la antecámara: —«Hace ya seis días que no ha abandonado el lecho!»

Milka, que, según supe después, desde el primer día que cayó enferma mi madre no había cesado un momento de gruñir, corrió con inmensa alegría hacia mi padre, lanzando grandes gritos y lamiéndole las manos; pero mi padre no hizo de ella el menor caso y entró en el salón, de allí al gabinete cuya puerta conducía directamente al dormitorio. A medida que iba avanzando, en los movimientos de su cuerpo se adivinaba su creciente inquietud; al entrar en el gabinete



andaba de puntillas, respiraba apenas y se persignó antes de decirse á abrir la puerta... En aquel momento Mimi, despeinada y llenos de lágrimas los ojos, avanzó por el corredor murmurando muy bajito y con expresión de un gran dolor: — «Ah! Piotr Alexandrovitch!... No se puede entrar por ahí; es preciso pasar por la otra puerta».

Oh! qué impresión de terrible angustia todo esto hizo en mi infantil imaginación, preparada ya á una gran desdicha por un lúgubre presentimiento!

Entramos en la sala de los criados. En el corredor nos hallamos con el idiota Akim, que siempre nos divertía con sus extravagantes muecas; pero en aquel momento no tan sólo dejó de parecerme risible, sino que me hizo un gran daño contemplar su rostro estúpido y á todo indiferente. En el cuarto de las criadas había dos niñas que estaban trabajando, haciendo no sé qué, las cuales se levantaron para saludarnos, pero con tan tétrica expresión que ello aumentó no poco mi espanto. Atravesando luego la cámara de Mimi, papá abrió la puerta del dormitorio y entramos. A la derecha de la puerta había dos ventanas, cuya luz habían velado cubriéndolas con unos chales; junto á una de ellas estaba sentada Natalia Savichna, calados los anteojos y haciendo calceta. No se levantó para besarnos, según siempre hacía; no hizo más que enderezar un poco el cuerpo, miró por encima de sus anteojos y corrieron sus lágrimas en abundancia. Me causó una penosísima impresión que todos al vernos se pusieran á llorar, mientras que antes que llegásemos nosotros se estaban todos tan tranquilos y sosegados. A la izquierda de la puerta había una mampara, detrás de la cual estaba el lecho, una mesita, una pequeña cómoda llena de tazas y botellas y un gran sillón en el cual descansaba dormitando el doctor; junto al lecho estaba una joven rubia, de una extraordinaria belleza, cubierto todo el cuerpo con un elegantísimo peinador blanco; estaba poniendo saquitos de hielo en la cabeza de mamá, á la cual no pude distinguir en el momento de entrar. Esta señorita era la *belle flamande* de que hablaba mamá en su carta, y que más tarde jugó tan importante papel en la existencia de toda nuestra familia. Al vernos entrar, separó una de sus manos de la cabeza de mamá y se arregló un poco los pliegues del peina-



dor, luego murmuró, con una imperceptible sonrisa en los labios: «Ha perdido el conocimiento».

Me sentí profundamente afligido en aquellos instantes; pero, debido á un especial estado de mi espíritu, continué observando los menores detalles. En la alcoba, que estaba casi á oscuras, se sentía un fuerte calor y los perfumes extrañamente mezclados de la menta, del agua de colonia, de la infusión de camomilla y de otras yerbas aromáticas.

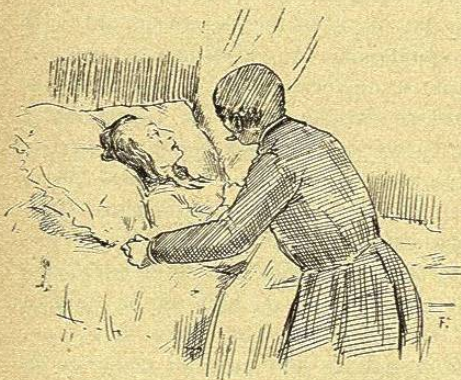
Esa mezcla de olores me impresionó con tanta fuerza, que no solamente al sentirla otras veces, sino que pensando en ella tan sólo mi imaginación se transporta á aquella oscura cámara, sin aire apenas para respirar, y se me representan con extraordinario relieve los menores detalles de aquel terrible momento.

Mamá tenía los ojos grandemente abiertos, mas no veía nada... Ah! no olvidaré jamás aquella espantosa mirada!... Expresaba un tan inmenso sufrimiento!

Nos sacaron del cuarto.

Cuando, algunos días después, pedí á Natalia Savichna que me contase los últimos momentos de mi madre, he aquí lo que la buena mujer me dijo:

—Después que os hubieron sacado de la alcoba, mi pobre paloma se agitó todavía en el lecho un largo espacio... parecía que algún peso enorme le oprimiese el pecho; luego dejó pesadamente caer la cabeza sobre la almohada y se durmió dulcemente, tran-



quilamente, como un ángel del cielo. Salgo entonces para ver por qué no le traen la medicina, y al volver á entrar ya mi pobrecita había sacado medio cuerpo fuera de la cama y á grandes voces estaba llamando á vuestro padre. La cogió Piotr Alexandrovitch en sus brazos, acercó á la de ella su cabeza, y ya se vió enseguida que ni fuerzas tenía para decir lo que había intentado,

sin duda, expresar... Abrió sus pequeñísimos labios y en medio de grandes sofocaciones pudo solamente murmurar: «Dios mío... Se-

ñor... mis hijos!» Quise venir á buscaros, pero Ivan Vasilievitch me retuvo, diciendo que esto la conmovería aun más y que era mejor que no os viese. Después ya no hizo sino levantar y bajar su pequeñísima mano, y Dios solamente sabe lo que quiso decir con ello!—Yo pienso que quiso echaros por última vez la bendición, aún desde lejos; pero el Señor no le permitió ver una última vez á sus hijos. Después, mi pequeña paloma se incorporó un poco, haciendo todavía el propio ademán con la mano, y súbitamente exclamó, con una voz de que me será imposible daros la más pequeña idea: «Oh! madre de Dios, no les abandonéis!...»

«Pero la enfermedad se había concentrado en el corazón; en sus ojos se adivinaba que la infeliz sufría horriblemente. Cayó de nuevo sobre las almohadas, mordiendo con energía increíble las sábanas y entonces, oh! padrecito mío, hubierais visto sus lágrimas correr lo mismo que ríos...»

—Y después?—pregunté.

Natalia Savichna no podía hablar ya, me volvió la espalda y empezó á llorar abundantemente.

Mi pobre mamá había muerto en medio de los más atroces sufrimientos.